

ninguno de nosotros debe pretender vivir siglos en la tierra, siendo imposible extender secretos para este fin, y locura el darles credito. El Medico Francés *Pecquet*, célebre por algunos descubrimientos en la Anotomia, era tan amigo del aguardiente, que no solo hedia siempre á él, sino que se lo ponderaba á sus amigos como un remedio contra todas las enfermedades. Quereis mas? Pues esta agua de vida (que asi la llaman los Franceses) se convirtió para él en agua de muerte; y esto mismo suele suceder á otros muchos bebedores de este dulce veneno. El mismo se apresuró al fin de sus días, y se hallaron despues sus entrañas como abrasadas por el fuego liquido de aquel licor. ¿Cómo es posible que dude yo que un Medico que supo matarse á sí mismo, no habria echado á mas de uno antes de sí á la otra vida? No faltan libros compuestos por los mismos Medicos en descredito de su profesion especialmente la obra del Italiano *Leonardo de Capoa*, y la de *Gedeon Harvée*

In-

Inglés de *Vanitatibus, aolis, & mendaciis Medicorum*. Bien que en aquellos libros no se comprehenden los Medicos sabios, y estudiosos de su noble Arte, los quales pueden en las enfermedades ayudar á la naturaleza, y quando esto no puedan, saben al menos no causarla detrimento.

## CAPITULO XVII.

*Del comercio del Alma con el Cuerpo, y de la concupiscencia del Hombre.*

COMponese el hombre de dos substancias tan diversas, como son el Alma racional, Espiritu material, é indivisible, y el cuerpo, está es, una maquina artificiosa, hecha de materia divisible; los Filósofos, que saben el continuo comercio, que reina entre estos dos integrantes, durante el estado de la union, se ponen á investigar con curiosidad, el modo con que esta materia organizada mueve al alma, y reciprocamente esta al cuerpo. Es

muy

muy difícil de entender, como un cuerpo movido participe á otro cuerpo su movimiento; y con todo eso se va explicando suficientemente, atendiendo á las leyes, y fuerzas de la mechanica. Pero es incomprehensible el modo, y obscura la decision de la causa porque un cuerpo mueva á un espíritu, que carece de partes, y al contrario, porque un espíritu impele á un cuerpo, que naturalmente resiste, y apetece la quietud. Los Aristotelicos han imaginado un *influxo Físico* entre el alma y el cuerpo. Mejor sintió Descartes en este particular, pues recurrió á la Divinidad, figurándose, que la voluntad de Dios interviene de un modo especial en qualquiera movimiento entre el cuerpo y el alma, colocando por esto en Dios, y no en nosotros, la fuerza motriz de estos dos principios. Este se llama el sistema de las *Causas ocasionales*, que con sus sutilezas aumentó el Padre Malebranche, imaginando, que nosotros vemos en Dios las ideas de las cosas. Vino en fin *Leibnitz*, que desechando

do estos dos sistemas, inventó el de la *Harmonia preestabli*, pareciendole que en el mismo tiempo que se forman los pensamientos en el alma (llamada por él *Maquina Espiritual*) se hacen en el cuerpo los movimientos, no por impulso, que tenga una substancia sobre otra, sino por la precedente determinacion de esta harmonia, establecida por el divino Artifice en el principio, y desde la Creacion del Mundo. No me quiero meter á indagar qual de estos tres sistemas se deba de preferir. Pues acaso ninguno de ellos podrá satisfacer. Contra el primero han suscitado tantas dificultades los modernos, que no tiene voga en el dia. El de Descartes es al modo del de los antiguos que decian: *Deus in Machina*, siendo facil á todos el imaginar que obra Dios directamente aquello, que no alcanzamos nosotros á explicar en los arcanos de la naturaleza. La *Harmonia preestabli* del Leibnitz ha encontrado tantos contradictores, que arguyen que con ella se quita la libertad del alvedrio,

drio, y se cae en el chaos del impiõ Espinosa, que Wolfio gran sectario de Leibnitz, no se atrevió á profesar abiertamente este sistema, bien que, segun creen algunos, enseñó la misma sentencia con terminos equivalentes.

No me toca aquí otra cosa, que exponer solamente la funcion, y oficio propio de la Fantasia en el comercio, que media entre el alma, y el cuerpo. La Fantasia puede con razon llamarse la mas noble, é importante parte del cuerpo humano, porque nuestro espiritu trata continuamente con ella, asi en la vigilia, como en los sueños. Si los organos de la sensacion llevan al cerebro la idea de las cosas materiales, y de las varias modificaciones, acciones, y pasiones de los cuerpos animados, é inanimados, aprehende luego el alma aquellas ideas. Y soliendo quedar impresas estas en la Fantasia, leyendo despues el alma en aquel libro, escoge las que necesita para el razonamiento, sabe combinarlas, y puede formar otras nuevas, y pu-

puramente espirituales, por medio del raciocinio, la abstraccion, y otros efectos de su admirable poderio. Figuraos el alma semejante á uno, que puesto en una eminencia observa tantos, y tan varios objetos, ya uno, ya otro, que están abaxo, ó al rededor, y los movimientos de está, ó aquella persona. Todo esto que veria el sujeto que suponemos, en un campo dilatado, lo ve el alma en un espacio pequenísimo, que es la Fantasia. Nosotros no reflexionamos en uno, que debe llamarse admirable trabajo del arte, y de la naturaleza, del que somos deudores al que todo lo hizo con una sola palabra, quiero decir, en los espejos de christal, en el agua, y en otros cuerpos transparentes, que pueden reflexar la luz. Si en frente de ellos se presenta algun objeto iluminado, ved aquí, que de repente se observa en aquel espejo su imagen con sus proporciones, y colores, ya segun el natural, ó ya reducida á compendio. Lo mismo hemos visto que sucede en la Fantasia, pues á ella van á im-

imprimirse una infinidad de imagenes llevadas por los espíritus de los nervios sensorios, de las que se sirve después el alma para sus funciones, leyendo en aquel espejo, mucho mas admirable que los artificiales, porque en tan pequeño campo recoge una abundancia tan ilimitada de ideas sensibles, é intelectuales. Este es el comercio, que tiene el Alma con el cuerpo; y esto por medios naturales, á saber, con aquellos instrumentos, y virtudes, que quando Dios fabricó el cuerpo humano, y crió á su imagen una substancia de dignidad tan superior, como es el alma racional, dió al uno, y á la otra, para que unánimemente sirviendo aquel, y mandando esta, obrasen lo que conviene al hombre. Dios, que es una inteligencia infinita, quando nos formó á su semejanza, comunicó tambien á nuestra alma una precilla de la facultad de pensar, entender, ratiocinar, y hacer otras acciones propias solo de una substancia espiritual, é inteligente. Mas parece que no hay necesidad de una particular

lar ayuda del mismo Criador en los movimientos de la humana voluntad, quando ya suponemos el influxo universal con que Dios conserva las cosas criadas, y concurre á todos los movimientos de las criaturas animadas, é inanimadas; y no debemos multiplicar los entes sin necesidad. No hay implicancia en decir, que quando Dios crió nuestras almas, las dió una fuerza intrinseca de mover á ciertas funciones al cuerpo su compañero, ó siervo, siendo asi que esta es una porcion del privilegio del libre alvedrio con que la enriqueció. Y sino comprehendemos esta fuerza, como nos parece entendemos la de los cuerpos movidos, que comunican á otros el movimiento; ni aun se desvanece la dificultad con decir, que ella se sirve de unos espíritus sutilísimos: ¿que importa? Otras muchas cosas de nuestra alma hallamos que son obscurísimas, siendo con todo verdaderas. Dios es á la verdad nuestro espíritu, y no obstante esto mueve, segun su voluntad, los cuerpos. ¡Oh! (replicarán) esto lo hace por medio de

su omnipotencia. Pero volvemos á repetir, que quando Dios quiso criar al hombre á su imagen, y semejanza, es de creer que comunicaria á su alma una partecilla de su poder, asi para entender, y discurrir, como para mandar al cuerpo destinado para servirla. Lo que no puedo comprehender es, si el alma manda directamente á los nervios, ó si exerce su despotismo por medio de la Fantasia, poderosa motriz de nuestro cuerpo, á causa de la comunicacion, que con el corazon, y con todos los nervios, tiene nuestro cerebro.

No ignoro que quando velamos, media un trato continuo entre el alma, y la Fantasia; y aun se ha observado, que quando soñamos se comunican estas dos potencias, aunque en modo diverso. Ahora, habiendo dicho arriba, que nuestra *concupiscencia* tiene su asiento en la Fantasia, es necesario explicar esto. Hay *concupiscencia* buena, y es quando deseamos segun la recta razon cosas naturales, ó sobrenaturales. Con razon amamos á nuestro cuerpo, los manjares, las comodidades de la

vida, y á este modo discurriendo. Sin embargo, quando se nombra *concupiscencia*, ó se dice *Concupiscencia de la Carne*; entendemos un mal, ó defecto que tenemos en el estado presente, porque esta pelea muchas veces con el espíritu, esto es, contra las leyes internas de nuestra razon. Volvemos á decir, que el cuerpo, ó la carne, siendo materia, es incapaz de desear. Esto pertenece solamente al alma en la que reconocemos la voluntad, y los apetitos innatos, que debieran siempre llevarnos á executar el bien, aunque por miseria, y culpa nuestra nos conducen tambien al mal. Los Filósofos suelen señalar en el alma una *parte superior*, donde dicen que está el *apetito racional*, y otra *inferior* en que colocan el *apetito sensitivo*. Todas son imaginaciones. El alma no tiene partes, es una substancia simplicisima, é indivisible. Esta misma en fuerza de su libertad, ya elige, y quiere prudentemente el bien, ó ya neciamente se inclina al mal, imaginandole como bien. La division del apetito en racional, y sensitivo, no pue-

de decirse que es adecuada , porque podemos apetecer tambien las cosas sensibles con apetito racional. No será difícil demostrar como sucede esto , observando con cuidado los internos movimientos de nuestro *pensar* , y *querer*. Quando los sentidos llevan á nuestra Fantasia las imagenes de las cosas sujetas á su jurisdiccion , el alma no puede menos de conocer aquel objeto. Además de que como despues de Epicarmo , notó tambien Ciceron en el primer libro de los Tusculanos , y como enseñan otros sabios Filósofos , no es el sentido , no la Fantasia , sino el alma la que *oye* , *ve* , *gusta* , *huele* , y *palpa*. Si nada nos importa la idea de aquel objeto , ninguna reflexion hacemos regularmente sobre él. Pero si aun minimamente nos pertenece alguna cosa , ó bien se acomoda á nuestras ideas , el alma por lo general reflexiona , y juzga prontamente si es agradable , ó desagradable , si verdadero , ó falso , si hermoso , ó feo . si útil , ó inutil ; si provechoso , ó nocivo ; y haciendo esto junta con la susodicha idea aquel

atri-

atributo , que con razon , ó con error ha conocido en tal objeto. Y como la belleza , y la utilidad suelen causar gusto y placer , por tanto pasa luego el alma á apetecer , ó á desear aquel objeto , ya con remiso , ó ya con intenso conato , á proporcion del mayor , ó menor gusto , y utilidad , que de ello puede venirnos , y de la mas , ó menos facilidad de lograrlo. Estando impresa en la Fantasia una idea semejante con los adjuntos añadidos á ella por el juicio , ó recto , ó erroneo de la mente ; naturalmente sucede , que todas las veces que se presenta á la consideracion del alma , se excita el apetito. Y quando por la posesion de aquel objeto sensible , como en otra parte hemos dicho , se espera un bien grande , este fantasma no dexa , digamoslo así , descansar al alma , tanto que ella misma , del deseo , que es un querer inchoado , ó imperfecto , pasa al querer absoluto , si se trata de cosa , que está en nuestra mano el obtenerla , ó á discurrir todos los medios proporcionados para conseguir aquel fin.

V 2

El

El alma es la que apetece , pero es grande el influxo de la Fantasia para moverla á semejantes apetitos. Al contrario si el alma juzga los objetos sensibles llevados á ella , como feos , ó nocivos, se excita un movimiento opuesto , qual es el de aversion , ú odio. Los Aristotelicos han imaginado en el alma la *concupiscible* para los primeros movimientos del gusto , y la *irascible* para los de la aversion.

Mas la Teologica concupiscencia comprehende todos los movimientos contrarios de nuestra alma , juntamente con los dos , que acabamos de referir. Y sabiendo , como sabemos , que esta nos excita á deseos pecaminosos , y á operaciones repugnantes á la dignidad del hombre , y opuestas á la religion natural , y revelada , perciviendo todos dentro de nosotros mismos esta brutal propension ; conviene ahora volver los ojos no menos al alma , que á nuestra propia Fantasia. Segun las instrucciones de la Santa Religion que profesamos , en la naturaleza inocente el alma humana habiendo recibido de Dios gran-

grandes fuerzas mandaba despóticamente á la Fantasia, é instruida claramente de la honestidad de las cosas , y acciones , y obligada además de la inclinacion al verdadero bien , no sentia impulso alguno grave de las imagenes representadas por los sentidos. Mas en la corrupta naturaleza , se ha disminuido excesivamente el vigor de nuestra alma , ha decaido el conocimiento , y amor del bien honesto , y ha crecido la propension al bien util , y deleytable , que fácilmente comprehendemos en los objetos sensibles que nos representa la Fantasia. Por tanto , esta inclinacion nuestra á las cosas sensibles , y la facilidad de apetecerlas , sin considerar , ni atender , si lo que trae utilidad , ó gusto , es honesto , se llama *concupiscencia* ; y para vencerla , y arreglarla necesitamos todos del auxilio especial de Dios. Mas no obstante de ser la concupiscencia una modificacion , ó movimiento del alma , tiene gran parte nuestra Fantasia en excitarla , de tal suerte , que como diximos arriba , puede esta llamarse el manantial de la concupiscencia viciosa. Demasiadas pruebas , y exemplos tene-

mos de la fuerza que tienen, y del impulso con que mueven á nuestra mente las ideas de las cosas sensibles, quando van acompañadas del atributo de una grande utilidad, ó deleyte corporeo. Y las que el Christiano llama tentaciones no son otra cosa mas, que el impulso de estas imagenes. A su vista se agita el alma, y se mueve en ella un fuerte apetito de conseguir aquel deleytable, ó lucroso objeto; y sucede que no se piensa en si aquella tal accion es honesta, y aprobada por la racionalidad, ni en si puede dañar á la salud, á la estimacion, ó á los intereses domesticos, ni en fin si es contraria á la Ley de Dios. Y aun quando excite la mente estas reflexiones, é ideas, el apetito conmovido fuertemente prevalece entonces, y quiere aquel imaginado bien, aunque el entendimiento se le represente como verdadero mal. El impulso de estas ideas es mucho mas grave, quando media el habito, pues el hombre obra con facilidad aquello que tiene costumbre de hacer. Dadme un hombre habituado á concurrir con algunos compañeros adonde se exceda en la

gu-

gula, ó uno preocupado de un amor lascivo, ó entregado al juego, ó al hurto, ó en fin acostumbrado á juzgar mal del proximo; basta que se presente aquella idea para que el apetito corra á saciarse, si puede. Pero quando se habla de acciones reprobadas por la Religion, ó por la recta razon, quién hay que ignore que ninguno se excusa de culpa, ó pecado? Porque estando siempre en poder del alma el suspender la eleccion, ó volicion, para atender á la voz del entendimiento, y examinar el partido, que se debe tomar, no reparando en nada de esto, elegimos lo que deberia rechazarse, y despreciarse. Los joyenes dotados de una Fantasia muy viva, y de poca prudencia están mas expuestos, que otros á prevaricar en esto, con agravio de su conciencia para delante de Dios, con perdida de su salud, con dissipacion de sus haciendas, y en fin haciendose vituperables de todos los buenos, y sabios. Hay algunos, que son joyenes por todo el curso de su vida. Y ved aqui el principal de los males, que puede causar la vivaz, y fogosa Fantasia en el hombre, que no esté bien sobre si.

V 4

CA-

## CAPITULO XVIII.

*De la necesidad de arreglar , y corregir bien nuestra Fantasia , y de los auxilios que para esto puede prestar la Filosofia racional.*

**S**I atendemos un poco á la interna economía del hombre , advertimos , que nuestros errores deben referirse á nuestro entendimiento , los pecados á la voluntad , y no á la Fantasia , ni á los sentidos. Como esta es una facultad pasiva , recibe qualquiera idea , y fantasma , que imprimen en ella los sentidos , y la mente , sin conocer si son verdaderos , ó falsos , probables , ó improbables , buenos , ó malos moralmente , porque examen , y conocimiento semejante está reservado para el alma , ó la mente. Es por lo general manifesto , que entre las cosas de que está compuesto el universo , hay infinitas que contienen verdad , y certeza , siendo ridiculas en este particular las opiniones de los

Pyr-

Pyrronistas , de que abundan todas las Ciencias , y Artes , que licita , y loablemente estudian , ó exercitan los morales. Hay igualmente una innumerable multitud de cosas , que están comprehendidas en el Reyno de la opinion , quiero decir , que no son ciertas , sino mas , ó menos verisimiles , y probables. En fin pueden hallarse muchisimas nociones , y opiniones , que son falsas , pues no contienen ni apariencia de verdad. No es difícil de afirmar , que en todas las Artes , y Ciencias , se encuentran estas tres clases de ideas , y que no hay humana Fantasia , que además de las ideas ciertas , y de tantas opiniones , no haya recibido , ó no admita todavía alguna otra idea , que pueda facilmente vencerse de falsa. A este influxo están con especialidad sujetos los ignorantes , en cuyo particular merece leerse el tratado de *Errores populares* compuesto por el Inglés Thomás Frowyn. Sean nuestras ideas del genero , que quieran , ya dirigidas por la via de los sentidos , ó ya nacidas del entendi-

mien-

miento, ello es, que el hombre forma sus racionios justos, ó sofisticos, y procede á obrar segun ellos.

Esto supuesto, en quanto he dicho en los Capítulos antecedentes, no he dado á conocer bastante lo necesario, que es á todo hombre prudente, arreglar, y rectificar en lo posible, las ideas impresas en su Fantasía, para libertarse de una gran muchedumbre de errores, de pecados, y de graves perturbaciones de su animo. Esta es la conclusion importante de esta obra, que presento á los Lectores. Todos los dias se componen libros; la Republica está llena de un numero infinito de ellos. Mas es necesario estar en una verdad; á saber, que el principal instituto del hombre debe ser el buscar todo aquello, que se dirige á perfeccionar nuestro animo, á encaminarnos á la virtud, y á procurar poco, ó mucho la nuestra, ó la publica utilidad, y felicidad, en el modo que puede convenir á nuestro estado presente. No quiero vituperar los estudios, pero quando en ellos se bus-

ca solo la ostentacion del ingenio, y además en nada contribuyen á la comodidad, provecho, y trato de la vida humana, pueden ser vanidad, ó superfluidad. Y dado caso, que sean capaces de trastornar el animo, y especialmente de hacer al hombre malo en lo Moral; será una iniquidad digna del odio comun, y aun del castigo. Para dar pues á nuestra Fantasía una buena constitucion, conviene antes poner en un buen pie nuestro entendimiento, y nuestra voluntad, como fuentes propias de nuestros errores, y pecados. Bien arregladas estas, es facil contener el vigor de la Fantasía, y no dexarse llevar por ella á operaciones indecentes, ó nocivas á nosotros mismos, y á los demás. Entre muchos auxilios, que pueden servir de medicina á nuestra mente, pondré solo los tres mas importantes, y principales, que son *la Filosofia racional*, que enseña á pensar, y discurrir bien; *la Filosofia Moral* que instruye en el modo de bien vivir; y *la Filosofia Christiuna*, complemento

de la sabiduría , porque enseña á vivir dichos mente , aun despues de esta vida terrena.

Vamos examinando por la primera : Es cosa evidente que si las ideas , que tenemos en nuestra cabeza son erróneas , y falsas , procediendo nosotros segun ellas , causarán muchísimos errores de entendimiento , y en nuestras acciones , hasta que se disipen , y corrijan por la razon. A la Filosofía , que llamamos racional , pertenece el instruir á nuestra mente , para que se guarde de lo falso , ó al menos camine con mayor cautela en las cosas. Ella nos prescribte las reglas para examinar la solidez , ó apariencia de las mismas cosas , el bueno , ó mal fundamento del Raciocinio en sus premisas , ó consecuencias , la diversidad de ciencia y opinion , y de los grados que comprehende esta. Todo el que sabe aprovecharse de sus luces , podrá evitar muchas falacias , y engaños en su obrar , y varias perturbaciones de animo , que tal vez nos causan los vanos fantasmas , que sin examen he-

mos adquirido de otros , ó formado con nuestro vicioso discurso. Apliquemonos pues de quando en quando á considerar si las ideas impresas en nuestra Fantasía son verdaderas , ó falsas , y si la opinion ha aumentado , disminuido , ó alterado los atributos de las cosas. No interviniendo en el cerebro aquel desorden , que llamamos insania , ó locura , y usando la mente del criterio , que la sugiere dicha Filosofía , puede llegar facilmente á enmendar , y rectificar muchos de nuestros desarreglados fantasmas. Entre estos hay algunos de poca , ó ninguna monta , quales son las opiniones concernientes á los primeros Principios de las cosas físicas , las verdaderas definiciones del tiempo , y del espacio , la cantidad del movimiento en el universo , la divisibilidad de la materia *in infinitum* , el vacío , y otras cuestiones semejantes , con que tanto ruido se mete en las escuelas , sin llegar jamás á una conclusion incontrastable. En semejantes questiones es lo mejor contentarse con lo verisimil ; pues aun-  
que

que nunca sea bueno el tener ideas falsas, ó inverisimiles de ellas, con todo no es este un mal, que puede redundar en detrimento del Publico, ni de los particulares, á menos que no se establezcan principios Filosoficos, que perjudiquen á los de la Religión. Hasta ahora no han echado de ver los Peripateticos, que ha traído algun perjuicio al mundo, el creer las qualidades inherentes á los cuerpos, quando verdaderamente deben llamarse percepciones, y sensaciones del alma (de cuyo descubrimiento tanto se glorian los Cartesianos.) Finalmente es fácil que se den, y se dan de hecho otras muchas ideas engañosas, é insubsistentes, que pueden ceder en daño de nuestra alma, de nuestra salud, de nuestros negocios, y quando esto no sea así, causarnos afanes, que es bueno siempre que evitemos.

Suponed un fantasma á cuyo aspecto, ó memoria suele el alma moverse á temor. Acaso la mente habria unido antes sin examen ni cuidado la idea del miedo á la de aquel objeto. Mien-

tras

tras permanece aquel fantasma en un estado semejante, al considerarle el alma se siente movida á temer algun daño, ó mal contrario al amor propio. Aplicaos de una vez á examinar con cuidado su origen, y atributos. O bien se encuentra ser verdadera, y subsistente la razon, que hay para temer, en cuyo caso conviene buscar los medios, si los hay, para evitar aquel daño, y no tener ya mas que temer; ó bien se llegará á descubrir, que la idea adjunta de temor era vana, y que el alma no tenia razon para afligirse por la vista, ó consideracion de aquel objeto; con lo qual quedará corregido aquel fantasma, y libre el alma de un molesto cuidado. Esto es mucho mas fácil, quando ya no existe el objeto. Hallanse algunas personas no rústicas, y especialmente en la plebe, que tienen metido en la cabeza, que en tal casa, en cierto camino, ó en otros lugares, se oyen ruidos sobrenaturales, ó se ven fantasmas de noche. Con que uno solo lo diga basta para que se extienda su credito, y se aumente el

mie-

miedo. Pero, pregunto, subsisten estos objetos? No Señor. El que no es medroso podrá certificarse de ello, porque estos nacen del miedo, y él mismo es el que los fomenta. El que está creído de los dicharachos de algunos antiquísimos, y aun modernos Escritores, al ver un cometa, siente excitarse de improviso en su corazón la pasión del temor, porque con aquella idea va junta la persuasión de que un fenómeno semejante anuncia alguna grave desdicha pública. Lo mismo sucede al que cree los años climatericos. Siempre que este fantasma se presenta á la mente, suele excitar la melancolía, porque va acompañado de la idea, de que tal año será peligroso, y fatal para la vida del hombre. Mas si la mente hace reflexion sobre los vanos fundamentos de la opinion popular en orden á los cometas, y sobre las razones de tantos Escritores insignes, que aseguran no ser estos extraordinarios, sino ordenados, y estables fenómenos de la region celeste; que no tienen influjo alguno sobre las acciones libres,

y

y sucesos de los mortales; y que los peligros del año climaterico son todos ideales, y soñados: entonces dexarán de molestar al alma estos indiscretos fantasmas, dando que reir al que sea sabio. Nosotros somos algunas veces lo mismo que niños, que al ver un Moro, ó un Titiritero con aquella negra, y fea mascara, conciben luego por esto un grande horror, y adversion, porque su mente, incapáz entonces de examen, y discurso, inmediatamente juzga que aquel no solo es un objeto feo, sino aun nocivo. De suerte que si despues quiere la madre meter miedo al hijo, bastará con que le recuerde la idea, ó memoria de aquel feo *Coco*, que reside en su Fantasía acompañada del atributo del terror. El primer, pues, poderoso medio para librar á nuestra mente de engaños, y de falsas opiniones, é ideas, ó para ayudarlas á dexar, consiste en el estudio, y practica de aquella sabia Filosofía, que prescribe las reglas de bien discurrir, y juzgar de las cosas, y nos da á conocer la diversidad de las

X

ideas,

ideas, parte verdaderas, parte confusas, ó dudosas, y parte falsas, y aun tal vez ridiculas. Esta sirve para dirigir á la misma mente, no solo en el examen de las materias científicas, sino tambien en el uso, y comercio de la vida, quiero decir, para arreglar bien nuestras determinaciones, y acciones concernientes á la salud, á los intereses civiles, y aun á la conciencia del que aspira á la feliz eternidad, á que todos debemos aspirar.

Si recurris á la Escuela Peripatetica, es cierto que os subministra bellas luces para formar rectos racionios, y para desenvolver nuestros sofismas, y los de otros. Pero tambien hallais allí una materia tan util mezclada con muchas questiones, opiniones, y sutilezas frivolas, siendo lo mismo el aprehenderlas, que si nada se aprehendiera. Además de que debiendonos constituir como un capital el tiempo, cosa muy preciosa para la corta vida del hombre, ¿por qué lo hemos de perder en acopiar semejantes vagatelas? Los modernos han dado á luz los me-

jo-

jores libros, y de metodo mas provechoso, y expedito en este genero. Tenemos el examen de la verdad, por el P. Malebranche; el Arte de pensar, la Lógica de Fardella, y de Crousaz, y la del P. Eduardo Corsini, Lector público de Pisa, las Instituciones de la Filosofia Racional del Señor Soria, tambien Lector público de Pisa, la Medicina de la mente, y del cuerpo del Tscirnao, una obrilla Postuma de Descartes sobre las reglas para dirigir el ingenio, el Organo de los Organos de Hansch, y otros libros semejantes. El que quando joven no los haya estudiado, no perderá quando viejo el tiempo en leerlos, y en aprehender sus máximas. Pero serán utiles con especialidad aquellas Filosofias que nos conducen á conocer á Dios, porque este es el primer eslabón de nuestros utiles conocimientos, dependiendo de este particularmente el otro importantísimo punto de la inmortalidad del alma humana. No podremos llegar á establecer con un acuerdo incontestable los primeros principios intrinsecos

-A

X 2

de

